

haber huido cobardemente de una batalla, y no se sabe que se ha hecho. La vida costó á Polemon la vergonzosa conducta de su hijo; y el padre de Eufemia, indignado contra su yerno, ha conseguido que se sentencie el divorcio. Despues ha propuesto otros partidos á su hija; pero ella le suplicó que la dejase vivir sola, y el padre arrepentido (asi dicen) de haber forzado su primera inclinacion, no se atrevé á abusar mas de su autoridad.

Yo le escuché con igual ansia á la que mostraria un sentenciado á quien estuviesen notificando su perdon. A cada frase palpitaba mi corazon de pena y de gozo: yo participaba de la afliccion de Eufemia, al mismo tiempo que renacia en mi alma la esperanza. Por segunda vez supe que el valor y la paciencia eran la égide que habia de oponerse á la adversidad. Partí inmediatamente, sin que fuera bastante á retardar mi viage la necesidad del sueño y del descanso. Llegué á Tebas á media noche. ¡Que conmocion tan violenta esperiménté cuando me ví dentro del recinto que habitaba Eufemia! Corrí á ponerme debajo de sus ventanas, y á cantar unas coplas que habia yo compuesto para ella al principio de nuestros amores.

## CAPITULO XIX.

*Interrumpe Diocles su historia. La continúa á la mañana siguiente.*

PERO ya el sol se va elevando, y los ganados retirandose, y el trabajo y mis hijos me llaman; porque en sus brazos es donde olvido mis penas. Mañana, á la hora misma, si es que deseais la prosecucion de esta historia, os la continuaré aquí mismo; pues yo me complazco en contarla delante de la sombra de Eufemia, que sin duda me oye. — Al dia siguiente, al apuntar el dia, volvimos á la colina. Diocles renovó sus libaciones, llamó tres veces á Eufemia, hecho lo cual prosiguió su narracion.

Estuve debajo de las ventanas de Eufemia, cantando coplas. Despertóse con ellas, y quedó maravillada de oír mi voz; pero creyó que era ilusion del sueño. Prestó mas atento el oído, y entónces reconoció las palabras; y no dudando ya de la verdad, abrió con mucho tiento su ventana, y me dijo en baja voz: « Diocles, ¿eres tú? — Sí, yo soy: soy tu amante infeliz, que vengo á espirar á tus ojos. — Pues, Diocles, la hora no es pro-

picia para una conversacion : procura estar, al salir el sol, fuera de la puerta Crenea, en la fuente Dircea, que allá acudiré con una esclava mia.» Inmediatamente marché al parage indicado, donde esperé con vivísima impaciencia á que la naturaleza despertase.

Por fin, hizose de día, y vi venir á Eufemia. Cuando llegó á mí, se me turbó la vista, me pasmé, temblé, y de manera que estaba junto á ella, y no la veía. « Amado Diocles, me dijo entónces, ¡ con que vuelvo á verte! — Ya toco que hay en la vida, exclamé, relámpagos de felicidad. Amada Eufemia mia, ¡cuanto he padecido en tu ausencia!» No pudo contener su sensibilidad la expansiva alma de Eufemia, y se dejó ver en sus dichos, en sus miradas, y en sus modestas caricias. — ¡ Dioses inmortales, decia yo, con cuantas delicias habeis recompensado mis tormentos! No, no he padecido lo bastante para merecer tantas dichas. Quisela hablar de su marido. — Polemon es infeliz, me dijo Eufemia: callemos, y compadezcamosle; pero sabe que ya no tengo esposo. — ¡Ay amada Eufemia! nombrame, en su lugar, esposo tuyo, y acaso serás feliz al ver lo excesivo de mi felicidad. — Sí, Diocles mio; pero necesitamos el consentimiento de mi padre, y voy al instante á hablarle: aguarda la decision en tu casa, que yo te la noticiaré. —

Me aparté de Eufemia embriagado de esperanzas y de amor, y con la idea de que estaba mas hermosa que nunca. Habia el tiempo desarrollado sus gracias, y la naturaleza perfeccionado su obra.

Pero como el rezelo va siempre de par con el amor, fui á visitar á Venus á su templo, para hacermela propicia. Estaba el templo en un bosque cerca de la ciudad: llevé un canastillo de flores y dos palomas. Al entrar, me purifiqué con agua lustral que me presentó un sacerdote (24). Penetré despues hasta el santuario, donde estaba la estatua de la Diosa, y puse sobre el altar mis flores y mis palomas; y seguidamente hincando en tierra una rodilla, la dije: « Diosa de los amores, adorno del cielo y de la tierra, delicias de los ojos y del corazon, tú que das la existencia á todos los seres embriagandolos de deleites, dignate de acoger mi homenaje, y corona al amante mas fiel con tu inmortal mirto. Tú distes á Paris la muger mas hermosa, porque te adjudicó el premio de la hermosura: te reconozco por la divinidad mas hermosa: no hay en la tierra ni en el Olimpo cosa comparabie á tus atractivos: concedeme á Eufemia, que es la muger mas amable entre cuantas hay nacidas, y coronaré tu frente con mirto y rosas, y humeará á tus piés el mas puro incienso.»

Voláron mis ruegos hasta Guido : Cipris los oyó : ví brillar en torno de su cabeza dos rayos de luz : parecióme que se sonreía ; y yo acepté el agüero , y dí á la Diosa las mas cordiales gracias.

No tardó mucho Eufemia en enviarme á decir que pasase á verla á su casa. Halléla con su padre , á cuyo aspecto temblé , pero luego quedé tranquilo. Me abrazó , llamandome su hijo ; y despues tomó la mano de su hija , y la puso en la mia diciendome : « Te confio su felicidad y la mia : borra de su memoria los pesares que la he causado , y cambia para mí en flores risueñas las adormideras de la vejez. » — Seria inútil que yo intentase pintaros el delirio de mi alegría.

Celebróse nuestra boda con pompa ; y despues de tantos reveses y sufrimientos fuí un hombre dichosísimo. El tiempo , lejos de entibiarlos , dió mas actividad á nuestros amores. Amaba yo á mi esposa por la necesidad irresistible de amarla , pues hubiera sido forzoso aniquilar mi espíritu para destruir aquel sentimiento : mi alma existia para amar á Eufemia , del mismo modo que los ojos para ver , y los oidos para oír.

La serenidad de aquellos dias deliciosos solo se alteró por la muerte del padre de Eufemia , que murió de vejez en nuestros brazos. Su hija se apesadunbró muchísimo ; pero

el tiempo es el Dios que consuela. Volviéron á nuestro asilo la felicidad y la paz , y creyó poseerlas para siempre nuestra seguridad incauta. El hombre , parecido á un bajel que navega por los mares , se vé alternativamente azotado por todos los vientos. Oscurecese el horizonte , y nos amenazan nuevos desastres.

Volvióse á encender la guerra entre Tebas y Lacedemonia ; y me fué preciso dejar á mi muger , y á mis pacíficos hogares , para ir á defender la patria. No os hablaré del dolor de nuestra separacion , porque nos aguardaban mayores desgracias. Fuimos vencidos , y quedé prisionero. Mis ganados y mis bienes fuéron presa del vencedor , y mis campos quedáron devastados. Lleváronme á Esparta , y me encerráron en una prision oscura. Entónces fué cuando medité sobre la inconstancia de los acacimientos , y sobre la movilidad de la fortuna. Consumiame el dolor ; pero la esperiencia y la memoria de las muchas vicisitudes que habian agitado mi vida , me dejáron la esperanza. No me engañó esta , pues la paz se hizo , y recobré la libertad. Corrí á buscar á mi Eufemia á Atenas , adonde se habia refugiado. Pero ¡ ay ! ¡ cuan mudada estaba ! Habiasemarchitado su hermosura con su enflaquecimiento y palidez : no era ya mas que una azucena sacudida por los vientos ; pero en breve mis caricias , el dulce sosiego de su alma ,

y la deliciosa fruicion de volver á ver lo que amaba, la restituyéron, juntamente con la salud, el colorido y frescura que la hermo-seaban.

Pero Eufemia, como nacida entre comodidades, echaba menos nuestra disipada fortuna. « ¡Que importa, dijela un día, la riqueza! ¡cuantos hay dichosos bajo un techo pobre! Un campo tengo en Oropa, que han assolado, pero cuya tierra no han podido llevarse: vamos á trabajarlo y á revivirlo. No nos verémos circundados allí del fausto y de los placeres de una gran ciudad, pero tendrémos los placeres de la naturaleza. Gozaremos primero de los risueños cuadros de la campiña, luego de su dulce seguridad, y seguidamente de la abundancia de las cosas necesarias. »

Aprobó mi plan; y nuestra pequeña colonia, compuesta de nosotros dos, de mi hijo y de un esclavo, vino á establecerse aquí. Hiceme agricultor; díme á los trabajos campestres; estudié la cualidad de las tierras, la influencia de las estaciones, el régimen de los vegetales; y todo se animó en la habitacion mia.

Mi muger olvidó su pasada fortuna, ocupada dulcemente en sus quehaceres domésticos, distraida en la cultura de las flores, y en la crianza de los animales caseros. Me confesó que nunca hubiera creído que pudiera

hallarse la felicidad tan cerca de la pobreza; y acabó de colmar mis deseos el nacimiento de la amable Crisila en la primavera, como para adornar á la tierra con una nueva flor.

Parecianos ya nuestro asilo una imágen de las islas afortunadas: nuestro campo iba ganando anualmente; y nuestros dos hijos, porque Filotas tambien lo era suyo, crecian á nuestra vista, y alegraban nuestra soledad. Finalmente, corriéron doce años con la rapidez de un río, y fuéron los mejores de mi vida.

Mi muger, que tenia mucho talento y juicio, tenia tambien una debilidad que es perdonable á su sexo, esto es, temia muchísimo á los truenos; y, cuando los habia, iba á ocultarse en un subterráneo, ó se pegaba contra un espeso laurel situado en medio del jardin (25). Chanceabame muy á menudo con ella sobre su miedo, y la decia: « Amada Eufemia, dejemos esos vanos terrores al hombre acosado de los remordimientos, cuyos crímenes llaman la venganza de los Dioses; pero tú, cuya alma es tan pura como el azul de los cielos, y nosotros que los honramos con la inocencia de nuestra vida, ¿por que hemos de temer que nos hieran con sus rayos? » Ella aprobaba mi raciocinio y mi seguridad; pero, por más que se esforzaba, la vista del relámpago y el estampido del trueno sacudian sus nervios, y la llenaban de espanto.

Un día, ¡ay de mí! ¡oh desastrado día! seis años han pasado ya desde aquel suceso terrible, dejé á Eufenia para ir á cortar leña al monte: me abrazó, al salir, con una inquietud nunca vista en ella, diciendome: « Amigo mio, te ruego que vuelvas temprano, porque tengo necesidad de verte: no sé lo que siento, estoy muy triste, la melancolía se ha apoderado de mi alma: esta mañana he llorado, y aun ahora mismo me cuesta trabajo contener las lágrimas. » Yo la abracé, y la ofrecí que volveria pronto. No podia resolverse á dejarme ir; y por último me arranqué de sus brazos, y me alejé á paso largo; y ella estuvo viendome ir todo el tiempo que alcanzó á verme.

Estaba el sol tan descubierto y hermoso, que nos presagiaba un día bellissimo. A eso de mediodia se levantaron nubes, se oscureció el cielo, y oí algunos truenos; pero despues de una pequeña lluvia se purificó el aire, y el cielo quedó despejado.

Acordéme entonces de lo ofrecido á Eufenia, dejé mi trabajo, y cogí unas violetas para llevarselas, porque gustaba mucho de ellas. « Esas flores, solia yo decirle, te gustan, porque son modestas y tímidas como tú. » Volviame pues alegrísimo. ¡Ay! ¡quien sabe cuando debe affigirse ó alegrarse! Al entrar, solo ví á mis hijos que jugueteaban:

los acaricié, y les pregunté donde estaba su madre. — « En el jardín, » me respondiéron. — Corrí allá, la llamé muchas veces, y no me respondió. Causóme cuidado, y la busqué por todas partes, hasta que en fin la encontré sentada al pié del laurel grande. Soseguéme con aquello, acerquéme, llaméla, pero guardó silencio. « Descansa, dije entre mí: no turbemos su pacífico sueño. » Tenia Eufenia dos palomas que la acompañaban siempre: ví á la una muerta á sus piés, y á la otra gimiendo, y con su pico y sus alas acariciandola y procurando darla vida. « ¡Ay! esclamé, ¡cual será el dolor de Eufenia al despertarse! » Sin embargo de todo, me agitaba un oculto terror, y la volví á llamar, acercandome y tirandola del brazo. Mas ¡oh espectáculo horrendo! en el mismo instante, aquel bello cuerpo que formó el amor y que adornaron las gracias, cayó deshecho en polvo, á causa de un rayo que lo habia herido y disuelto. ¡Ay! ¡la desventurada habia ido á ampararse del laurel mientras la tormenta! Una preocupacion supersticiosa la dió muerte(26). Empecé á gritar como un loco, me despedacé la ropa, y me arranqué los cabellos. Acudiéron á las voces, me socorriéron, y procuraron consolarme; pero ni atendia, ni escuchaba á nadie, porque estaba desesperado y furioso. Quise matarme: me contuvié-

ron, me trajéron mis hijos, y me los pusieron en los brazos; pero los miré friamente, como si no lo fueran. En fin, sus inocentes caricias y sus lágrimas me sacaron de aquel entorpecimiento. « Llorad, hijos míos, les dije, llorad, pues ya no teneis madre: ya no está en el mundo, ya no la veremos mas: desapareció como una sombra. » Asaltóme una calentura con delirio: quise dejarme morir de hambre, y para ello tiraba ocultamente los alimentos y los remedios; pero lo llegaron á conocer. Cimon, médico hábil y amigo mio, que conoció que era mi alma la que necesitaba cura, me empezó á hablar de mis hijos, y encargó mucho que me los tuviesen siempre al lado. Un dia que yo le aseguré que aborrecia el vivir, y que mi único anhelo era la muerte, me dijo Cimon: « ¿Y quien cuidará de vuestros infelices niños, que quedarán solos sin padres y sin auxilios? » Estas palabras pronunciadas con ternura me conmovieron extraordinariamente. Lo conoció asi, y añadió: « Creed, Diocles mio, que para el que tiene dos hijos todavía puede ser dulce la vida. El tiempo templará vuestra afliccion; y sino acordaós del encadenamiento y de la variedad de las escenas de vuestra vida: no lo dudeis, Diocles, aun gozaréis dias felices. La vejez es el invierno de la vida, mas el invierno tiene sus placeres:

es el instante del reposo. De nada hice caso, porque mi dolorido corazon se habia cerrado á la esperanza. Pero, al fin, la tierna amistad y las dulces insinuaciones de Cimon; y la presencia de mis hijos, y mas que todo un sueño que tuve, me restituyéron á la vida. Era la media noche, y yo dormia con mucho desasosiego, cuando me pareció que me despertaba repentinamente un ruido: ví una claridad al pié de mi cama: admirado de ello, miré mejor, y divisé una muger, con el rostro resplandeciente y la cabeza coronada de flores: quedé pasmado: ella se acercó, y conocí que era Eufemia, la cual se inclinó ácia mí, y me dijo: « Amado Diocles, ¿ que se han hecho tu virtud y tu valor? animate, y recobra tu carácter; y si todavía me amas, cuida de nuestros hijos, porque yo te los recomiendo: vive para amarlos y para hacerlos felices. » Al ver aquella aparicion, y al oír aquella voz tan apetecida, me senté sobre la cama, tendí los brazos, y exclamé: « Oh amada Eufemia mia!..... y no pude decir mas. Abrí los ojos, desapareció la fantasma, y quedé en una profunda noche. »

Desde aquel instante cedí á las órdenes de mi querida Eufemia, y á la lástima que me causaban mis hijos. Poco á poco fué entrando la calma en mi ánimo, y por grados fuí conociendo el beneficio de la existencia, y felici-

tandome de haber vencido mi desesperacion. La vida es un bien para quien honra á los Dioses, y para aquel cuya alma honrada y sensible se alimenta con dulces afecciones y con gustos sencillos. Todavía disfruto placeres en mi edad avanzada. Las caricias de mis hijos, las hermosuras de la naturaleza, el trabajo, el descanso en parages frescos y sombríos, y el calor de mi hogar en el invierno, me proporcionan fruiciones esentas de amarguras. Todavía derramo lágrimas sobre las cenizas de mi amada Eufemia; pero lágrimas dulces, que alivian y consuelan mi corazon. Diariamente vengo aquí á hablar con su sombra. La veo y la oigo: ella me oye sin duda; y suele suceder que, para arrancarme de junto á esta urna, es menester enviarme á mis hijos. Con que así, jóven, aprended por mi ejemplo á luchar contra la adversidad. ¿Preveis acaso vuestro destino? ¿Sabeis si lo que llamais desgracia os podrá conducir á una felicidad mas pura y mas durable? Sucede que un acaecimiento, que nos pareció feliz y que hemos deseado con ansia, oculta en sí mismo el germen de nuestros males. Habéis perdido á vuestra querida, no á vuestra esposa, ni á la madre de vuestros hijos.

Lo mismo que cuando en una noche oscura y tormentosa vé el conturbado marinero renacer, juntamente con la calma, la primera luz

del día, que entónces su alma se expande y respira, y cree que sale del centro de la tumba: del mismo modo desvaneció las tinieblas que me cercaban, la curiosa historia de Diocles, su filosofía sencilla y natural, y la esperanza que introdujo en mi alma. Mucho contribuyó tambien á mi cura la sensibilidad de la amable Crisila, su alegría inocente, y sus conversaciones entretenidas; y no se diga que algun pensamiento amoroso se mezclaba en el gusto con que la miraba yo: sentimientos tales estaban lejos de mí, y en torno de ella todo respiraba candor y virtud.

---

## CAPITULO XX.

*Aficion de Crisila por su hermano. Consecuencia de ella.*

SIN embargo, esta doncellita tan modesta y tan sencilla me asombraba por la aficion poco moderada que tenia por su hermano: no podian separarse los dos, y se daban los nombres mas tiernos. Yo habia sorprendido á Filotas solicitando de Crisila besos que esta negaba con demasiada molicie para ser obedecida. Vituperaba mucho esta intimidad y la inadvertencia del padre, y aun estaba decidido á

hablar á este, cuando una tarde me dijo: «Vamos á pasearnos, tengo el corazón inundado de gozo, y tiene necesidad de dilatarse en el seno de un amigo: además la pintura de dos amantes felices os interesará, y podrá alegrar vuestra imaginación. Decidme, ¿que os parece mi hija? — Bella, amable, de un carácter hechicero. — ¿Y su hermano? — Me parece razonable, laborioso, y su figura es muy agradable. — Sí, es un excelente mozo: por eso me ocupo de su felicidad, y voy á casarle. — Obrais con prudencia en separarle de su hermana: la juventud..... — ¡Separarlos! pienso al contrario unirlos con un lazo indisoluble: voy á casarlos. — ¡Como! ¿hermano y hermana? — Sí, su matrimonio está resuelto desde el nacimiento de Crisila. ¿Ignorais que una ley de Solon, que hemos adoptado, permite al hermano casarse con la hija de su padre, y no con la de su madre (27)? — Lo ignoraba, y confieso que vuestra confianza me saca de inquietudes. Habia advertido su recíproca inclinación, y mis ideas la tachaban de inhumoral. — Todas las preocupaciones caen delante de la ley, sobre todo cuando esta, en vez de contrariar á la naturaleza, favorece su impulso. La fiesta se celebrará dentro de pocos días, y me lisonjeo de que tomaréis parte en nuestro gozo.»

Llegado este día, los parientes y amigos

suspendieron ramos y flores atados con cintas á la puerta de la casa. Cuando fué preciso ir al templo, Crisila, modesta y simple en su adorno, cubierta de un velo encarnado, sin mas compostura que una corona de flores, bajó de su aposento, y se arrojó en los brazos de su padre que la esperaba en el umbral de la puerta al frente de todos los jóvenes del lugar. Estrechó á su hija junto á su seno, y levantando despues los ojos al cielo, pronunció con un tono grave votos por ella y por su hijo. Marchóse al templo, parte de los jóvenes abrian la marcha, y otros seguian cantando el epitalamio, y danzando al son de flautas y trompetas. Crisila iba en medio de ellos, sostenida por su padre. Su joven esposo, coronado de mirto y radiante de gozo y amor, iba á su lado. Ante ellos brillaba la antorcha del himeneo. En la puerta del templo, un sacerdote presentó á cada uno de los dos esposos un ramo de yedra, símbolo de la fuerza del nudo que iba á unirlos. Llevólos despues al altar, donde sacrificó una becerria á Diana y á Minerva, divinidades enemigas del himeneo. Se imploró á Jupiter y á Juno cuya union es eterna, á las Parcas que tienen en sus manos el hilo de nuestra vida, á las Gracias cuyos encantos hermocean nuestros días, y en fin á Venus á quien el amor debe su nacimiento y los hombres su felicidad.

Los sacerdotes examinaron las entrañas de las víctimas, y declararon que el cielo aprobaba este himeneo. Uno de ellos tomó la corona del esposo y la puso sobre la cabeza de la esposa, y con la corona de esta cubrió la de Filotas.

Volvióse del templo con el mismo orden y repitiendo los mismos cantos. Cuando los dos esposos llegaron á su puerta, se pusieron sobre sus cabezas un canastillo de frutas, presagio de la abundancia de que debían gozar: se llevó á su aposento la antorcha del himeneo, y se la dejó arder allí. Crisila ofreció ramilletes á los jóvenes celibatarios, diciéndoles: « Casaos tambien. »

Pusose la mesa del banquete cerca de la fuente, bajo unos álamos cuya sombra se había espesado con ramos verdes y cerrados: guirnaldas de flores caían en colgantes bajo esta umbría bóveda en la cual se respiraba una deliciosa frescura.

Al principio de la comida Diocles dió una copa de vino á su hijo, quien la llevó á sus labios y la presentó despues á su muger: esta, despues de haber bebido de ella, la pasó á los parientes, y de las manos de estos la copa circuló por todos los convidados. Acabado el festin, se cantó y se bailó una parte de la noche. Al acostarse los esposos, se les cantó un epitalamio; y cuando despertaron, otro.

Esta boda campestre, este cuadro risueño de la felicidad, llenaron mi alma de dulces emociones; se dilataba á la vista de la dicha de estos tiernos esposos. ¡Cuan felices eran! no respiraban mas que para amarse, para decirselo, y para partir sus placeres y sus penas. Algunas veces Crisila armada de una podadera limpiaba los árboles bajo la direccion de Filotas, ó sosteniendo una regadera humedecia las tiernas flores. Filotas á su vez, cuando la intemperie del aire suspendia sus trabajos, sentado al lado de su muger, la leía los idilios de Teocrito, ó algun diálogo de Platon.

---

## CAPITULO XXI.

### *Carta de Lastenia.*

IBA pasando el otoño, y la oliva prestaba su jugo á esfuerzos de la prensa. La hoja casi seca se desprendia ya de los árboles, y alfombraba el suelo: ¡triste imágen de la vida humana, cuando la ancianidad nos despoja de nuestro adorno! Escribí una carta á Lastenia, en que la rogaba que se compadeciese de mí, y que viniese á visitar mi asilo ántes de los rigores del invierno.

Me respondió que no podia abandonar á